

costurera carpintero / gabo ferro



la marca
editora

costurera carpintero / gabo ferro



la marca
editora

costurera carpintero. gabo ferro

1a ed. - buenos aires : la marca editora, 2014

Colección Poesía/Rock

l. poesía argentina. l. título.

CDD A861

© la marca editora

pasaje rivarola 115, buenos aires

tel, 4383-6262

e-mail, lme@lamarcaeditora.com

isbn, 978-950-889-238-6

ilustración de tapa: augusto costhanzo

este libro se terminó de imprimir en agosto de 2014

en talleres gráficos elías porter, plaza 1202, buenos aires

queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

impreso en la argentina

costurera carpintero / gabo ferro



Prólogo / El mago

La poesía de Gabo Ferro es la poesía de un mago. Alguien que puede hacer de las palabras siempre algo imprevisto. Hablar del mal y convertirlo en bien, hablar del bien y convertirlo en dolor, hablar de la muerte y transformarla en sembradora, en dadora de vida. Por eso, en sus poemas suceden cosas extraordinarias: el hambre del deseo pide una fruta y para que llegue, le dice al sol que la apure; otro hambre, el del amor, se come la noche; otro amor, el de la muerte enamorada, siembra al enterrador.

Es cierto, estas son canciones, pero son al mismo tiempo hermosos poemas: canciones-poemas de amor. Un amor hiperbólico, porque Gabo Ferro trata de abarcar todas sus formas, desde las más idílicas a las más desgarradas, hasta llegar a construir casi una épica del despecho. Pero la herida de amor no se encierra en sí misma, sino que, justamente, por volverse canto, poesía, se abre hacia otra cosa, se convierte en la huella de una transformación, y por eso escuchamos hablar de ese dolor con gozo. Es un dolor lanzado a la espera de una felicidad futura. La espera no es pasiva, porque el que vive esos amores intensos y traicionados combate contra sí mismo y a la corta o a la larga el amante desencantado encuentra nuevamente el jardín que vuelve cuando los ojos se abren, y atentos, recuperan la tensión amorosa hacia lo propio, hacia el jardín que somos.

La magia que hace Gabo no me deja pensar, no quiero pensar, quiero cantar y volverme como él una maga que hace ríos, ser “un mago... un buen partido”. Susurrar por lo bajo y que todo se arme y se desarme, que nada se quede quieto o sea de una sola manera, u obedezca a un solo paradigma. Entre sus pases mágicos uno de los más brillantes es el de la ironía, al que quizás solo se le iguale su descomunal dulzura. “A vos te han hecho un daño –canta en uno de sus temas– / me dijiste al oído / mientras me sonreías / como firmando un cuadro/ El cuadro de mi daño.” Ironía que se vuelve certeza sin desmayo, si del amor se trata, en ese verso que me suscita risa todo el tiempo: “Cuando el

amor no entra, no empujes que no va a entrar”, aunque se trate de un buen partido, como lo es este maguito, incluso cuando se convierte en ajuar y es el ajuar de otro, o de otra, no lo sé, porque cualquier cosa es posible para él, todo se transforma y hace de unas ropas un sujeto con el que cualquiera se identificaría.

Quisiera ser el ajuar de Gabo Ferro. Si, como decían aquellas mujeres de los setenta, lo personal es político, esto se advierte fuertemente en la escritura de Gabo, y cuando canta alguno de estos poemas, su voz explora registros múltiples en todos los sentidos, registros que parecen no pertenecer ni a un varón ni a una mujer, recursos vocales del canto lírico que hace entrar con soltura y audacia de contratenor en la canción popular. Así desestabiliza las convenciones e inscribe con la voz algo que también está presente en los textos, esa potencia emocional que captura el alma. Como los geniales jugadores de fútbol, podría afirmar que este muchacho alegre y osado, tiene un modo feliz de hacerle una gambeta al sentido común, a ese dedo que siempre se levanta para señalar lo que está bien y lo que está mal. Walt Whitman vagaría feliz por las letras de muchas de sus canciones, como lo haría, por ejemplo, en “El amigo de mi padre”.

Un mundo de roles y etiquetas se derrumba como un castillo de naipes, lo construido por el imperio de lo social, y no se desordena para reemplazarlo por otro orden, sino para hacerlo parpadear con su bella incertidumbre contra “todo el terror de la naturaleza”. Además de esa naturaleza humana, construida como orden, afectada de una fijeza que oscurece la emoción, hay otra, más viva, que hace brillar y metaforiza los sentimientos humanos y al mismo tiempo echa luz sobre la experiencia total de la vida: “Yo que lloro salado lloraré los mares / Vos que llorás tan dulce, mi amor / los ríos y los lagos”.

En “Agua blanca, pato negro”, y en otras canciones como “Árbol de naranjas” o “Dios me ha pedido un techo”, la poesía de Gabo Ferro evoca los cancioneros anónimos medievales, son como cofrecitos que guardan formas finas de la lengua, una manera misteriosamente arcaica, que al leerlas o al escucharlas parecen no tener “ningún secreto”, y por eso nos llegan directo al corazón. En sus poemas, los héroes sensibles y siempre heridos, tienen oficios antiguos y artesanales, son

carpinteros, costureras, jardineros, oficios que bordan el detalle y en los que el cuerpo se vuelca amorosamente sobre su quehacer.

Todos los poemas de Gabo Ferro llevan un motivo que siempre regresa, el que señala el carácter doble del amor, que puede dar vida y a la vez destruirnos, porque lo sagrado hace eso, te da vida y te da muerte. En la canción “Ahí va tu cuerpo al fuego” recurre a una manera más directa, incluso violenta, de lo que llamé antes una épica del despecho: “Ahí va tu cuerpo al fuego / Que lo consume pronto, lo acaba sin tocarlo / porque a un cuerpo traidor no lo quiere ni el diablo”. Como en muchos de sus poemas se despliega aquí esa magia que es al mismo tiempo negra y blanca, empuñando la hipérbole, una figura que le permite hablar del amor, o mejor dicho de esa dimensión inconmensurable de lo amoroso: “Tu amor es como el hambre que se come la noche / [...] los gatos que se aman fuera / los perros que esperan dentro / la sonrisa del que sueña y la angustia del despierto”.

“Carne fría” es otra de las letras que pone en escena la potencia de la voz poética de Gabo Ferro, al hacer de esa, su carne fría, una suerte de oxímoron, el sacrificio a la herida de amor en el momento en que parece que nunca podrá ser reparada. Sin embargo, esa herida encontrará, paradójicamente, su sutura: “soltá” nos dice, “soltá el dolor”. Y luego galopa el “solcito lindo” al que imperativa y alegremente se le exige “apurá la fruta / que tengo hambre y el hambre empuja”. Es el hambre del deseo que vuelve al mundo nuevamente terso y brillante.

En “Mi buitre en este invierno” se habla de la liberación del dolor, del mal que produce el dolor. El buitre, ave de frontera entre lo vivo y lo muerto, anida del lado del amante ausente, empolla sus pichones, y finalmente, luego de tragarse todo el mal, juntos parten para dejar “latiendo lo tibio, lo vivo, lo real”.

Finalmente se abre el último disco del mago, con el sugestivo nombre de *El veneno de los milagros*. Aquí, donde señala que “en mi niño había un hombre, en el hombre había un niño”, aquí, donde dice “Donde suene mi voz, ahí es donde estoy”, aquí, donde afirma “en el presente se es cuando el futuro se fue”, y “¡Ay Santito de las flores hoy te pido para mí, / Quiero ser lo que he reído, no sólo lo que sufrí”, es cuando la ordalía de la luz se abre en los poemas de Gabo Ferro. “Los

cuerpos se desarman con la luz”, exclama. “¡Qué amable es la violencia del color!”

Diana Bellessi

canciones que un hombre no debería cantar

(2005)

.....

“¡Un hombre no debería cantar cosas así!”

Declaraba escandalizada Edith Piaf en 1959 después de escuchar interpretar a Jacques Brel “*Ne me quitte pas*”.

Allí Brel interpretaba a un hombre que suplicaba no ser abandonado bajo palabra de reducirse casi a la nada.

¿Qué escandalizaba a la Piaf?

¿Acaso ver a un hombre en el lugar que cierta (gran) parte de la sociedad y la cultura venían (con pocas excepciones) colocando a la mujer?

¿Qué cosas deberíamos, entonces, cantar los hombres?

Sobre madera rosa

Tengo un mandala pintado en Jaipur
bajo un vaso con agua con dos gotas de gin
Una trampa cazadora de espíritus del Japón
y un espejo que atesora el origen del sueño

Una muñequita vudú con los miembros zurcidos
con pelo de cabra negra
Una pulsera con semillas sagradas, florecidas y perfumadas

Tengo un manuscrito sin rótulos ni tapas
con grabados de una mujer partida en tres
Una máscara del Durbán y una rueda mágica enlazada a un asno

Una falda turca de un ajuar y un retrato grabado
sobre madera rosa
Serenidad escrito en una lengua muerta con sangre
de niño y de casadera

Y sobre un formidable insecto embalsamado con los ojos picados
por querer aparearse
con las alas cuarteadas y todavía con sangre,
una imagen tuya conmigo fuera de plano

Prólogo / El mago. 5

canciones que un hombre no debería cantar

Sobre madera rosa 11
Palabras malas 12
Felicidad vitamina 13
El amigo de mi padre 14
De palabra 15
El amor no se hace 16
Tu cama queda ahora a un tren y un colectivo de mi cama 17
Calvas margaritas 18
Tapado de piel 19
El jardín más bello. 20
Retiro terminal. 21
Como tus zapatos 22

todo lo sólido se desvanece en el aire

Agua blanca, pato negro. 25
Mi vida es un vestido 26
Beso el beso 27
Costurera y carpintero 28
¿Están dopados los enamorados? 29
Árbol de naranjas 30
La cabeza de la novia cayó sin su velo 31
Dios me ha pedido un techo 32
Nada 33
Mirá quién llega Consuelo 34
El agua sabe 35
Si es hombre. 37
Mi testamento en tu espalda 38
A un puente sobre un río 39

mañana no debe seguir siendo esto

Para traerte a casa	43
El cuadro de mi daño	44
Cuando el amor no entra.	45
Un par de cositas nuestras	46
Toda el agua del mundo.	47
Tu amor es como el hambre.	48
Sobre el camino.	49
Que llegue la noche.	50
Madre despierta.	51
Por tus ojos.	52
De paso.	53
Aquí tus manos	54

amar, temer, partir

Ahí va tu cuerpo al fuego	57
Alguacil	58
Los recuerdos son reflejos.	59
La fruta que disfruto	60
En el aire	61
Dicen	62
La casa; nuestros discos	63
Sigo el río	64
Que nuestra mirada	65
Nube y cielo.	66
Voy a montar un caballo.	68
Volví al jardín	69

boca arriba

- Seré tu ajuar 73
Pájaro tuerto 74
Soy todo lo que recuerdo 75
No te mires en el agua 76
A algún puerto del Mar Muerto 77
Solo tenemos ciencia 78
Hay una guerra. 79
Con su perfume y su olor 80
De tanta y tanto 81
Carne fría 82
Me voy al suelo 83
¿Por qué no lloras un poco? 84

la aguja tras la máscara

- Lo que te da terror 87
Soltá 89
Solcito lindo 90
Receta del hechizo para la mañana del primer día del tercer año 91
El enterrador y la muerte 92
Semejantes alas 93
Mi buitre en este invierno 94
La pasión del espejo 95
Si me faltó de mí 96
Mal al mal 97
Voy a negar el mar. 98
1938 99

la primera noche del fantasma

Siempre	103
No te alcanza	104
Un eco, un gesto, una señal	105
Como un motivo	106
Detenido y andando	107
La cama	108
Fin de fiesta	109
El tabú del agua	110
Pequeña luz con tanto ardor	111
Lo que no se puede decir	112
A quién	113
El ojo del cazador	114
Volver a volver	115

el veneno de los milagros

Una deuda del Bien	119
Estamos;estarás	120
En el fondo del Mal	121
Cómo	122
Sin ley, peso, ni carne	123
Cuando el futuro se fue	124
Tantos sí para dejarte	125
Bayos negros dormidos	126
Entre el rayo y el trueno	127
El extrañante	128
Mirar o ver	129

gabo ferro 133

Otras colecciones y títulos de esta editorial

biblioteca del erizo

Alrededor de una jaula. Saavedra, Guillermo
Antología Poetas Rock. AA.VV.
Climas y oleajes. Eliff, Carlos
Clínica enferma. Percia, Violeta
Ecce puer. Romero Borri, Gustavo
El patio. Latrónico, Elvira
Enero. Muschietti, Delfina
Estados Unidos. Schettini, Ariel
Fado. Brizuela, Leopoldo
Guitarra negra. Spinetta, Luis Alberto
La indecisión. Paez, Roxana
La voz del erizo. Antología poética. Muschietti, Delfina (comp.)
Las Vegas del porvenir. Páez, Roxana
Movimientos. Yantra. Michaux, Henri
Niño huérfano. Enright, Chantal
Ojos de agua. Herrero, Alejandro
Rizoma en nocturno vuelo. Enright, Chantal
Sweet home Panamericana. Álvarez Nuñez, Gustavo
Syl & Ted. Iriondo, Carmen

biblioteca de poesía

En el medio de mi pecho. Antología de poemas patrios, Ariel Schettini